cero acompañó y sucedió en las fatigas del apostolado el no ménos admirable Fr. Benito Fernandez, pues no tenia más deseo ni otra aspiracion, que la de conquistar almas para Jesucristo. De condicion era mansísimo, naturalmente dócil y blando, acomodándose con suma facilidad á la pluma del indio y á la torpeza natural con que practicaba aquello de que no tenia costumbre. Cuidó mucho del aseo y limpieza de los templos, y celebraba la Misa con tal ternura, que movia á devocion á los concurrentes. Prevenia flores y perfumes para honrar al Divino Sacramento por donde quiera que hubiese de llevarlo. Tan ocupado tenia el corazon por afectos celestiales, que al viajar cantaba poesías que él mismo componia para expresar sus sentimientos, y desahogar el fuego que lo devoraba. Con el pensamiento dominante de convertir á los indios, nunca contemporizó con los idólatras, pues el miedo era el menor obstáculo que pudiera embargar su ministerio.

Fr. Benito Fernandez, despues de haber acompañado á Fr. Lucero en Tlaxiaco, pasó á administrar la parroquia de Achintla. Al entrar allí el religioso, perfecto poseedor ya del idioma mixteco, soltó la lengua combatiendo con energía los errores y supersticiones de los idólatras. La elocuencia varonil del fraile les sorprendió; pero más les intimidó el conocimiento profundo que manifestaba tener, no sólo de los más secretos y profundos misterios de su religion, sino hasta de los términos singulares, conocidos de muy pocos, de que hacian uso para encubrir sus idolatrías.

Temiendo que el celoso y ardiente misionero diese por tierra con toda la máquina de sus viejas supersticiones, se reunieron los indios para deliberar, determinando darle por fin la muerte, no con violencia, que esto les expondria á la venganza de los españoles, sino lentamente, sin ruido, por hambre. Rodearon, pues, la choza que lo albergaba, formando un ancho cerco de hombres, una muralla humana que nadie podia franquear para entrar ni para salir. El religioso, á quien no llegaba un grano de maíz de fuera, cogido en aquella prision de repente, sin provision alguna, ni medio de procurársela, por la imposibilidad de romper el círculo de indios que vigilaba sin cesar, hubiera perecido sin duda, si algunos neófitos compadecidos no hubieran encontrado el modo de abastecerlo, arrojando por sobre las bardas algunas tortillas por la noche.

Con ellas el sacerdote se sustentó por muchos dias, lo que dió lugar á que los indios reflexionasen que aquella muerte lenta y cruel que se proponian no los libraba de la responsabilidad, y que por lo mismo, con los españoles quedaban sujetos á idénticas consecuencias que si derramasen la sangre del misionero. Pusiéronle, pues, en libertad, y entónces Fr. Benito, con más fortaleza y brío, dió vuelo á su predicacion, combatiendo rudamente las idolatrías de sus perseguidores.

Llegó á saber que en lo más alto de las montañas de Achintla tenian el mayor adoratorio de su ídolo, residencia del sumo pontífice, oráculo de toda la nacion: luego se determinó á encaramarse por aquellos riscos, y seguido de muchedumbre de indios, llegó á la cumbre. Allí vió distribuidos en nichos, colocados sobre piedras manchadas con sangre, envueltos aún en el incienso de sacrificios recientes, gran número de ídolos de figuras varias. La indignacion se apoderó de su ánimo, y sin detenerse por el miedo, comenzó á derribarlos de sus peanas y á hollarlos en presencia de todo el pueblo, al mismo tiempo que los conjuraba, en idioma mixteca, para ser entendido, á que se defendieran si pudiesen. "Falsos, les decia, mentirosos y engañadores, salid de esas piedras y maderos inmundos y mostrad vuestras fuerzas contra este solo hombre que os avergüenza," y arremetió furioso contra ellos.

Temblaban los indios creyendo segura la ruina del mundo con el destrozo de sus divinidades; mas al observar asombrados que nada extraordinario acontecia, y que tan mal se defendian ellos de los insultos del fraile, fueron desengañándose, cobraron aliento y trataron de revelar el escondite del ídolo principal. Llamábase éste "Corazon del reino," como ya hemos dicho, y recibia culto en el lugar más secreto. Un indio lo llevó á la presencia de Fr. Benito, envuelto aún como estaba en su adoratorio, en delicados y ricos paños. Cuando el religioso le tomó en sus manos, no pudo ménos de maravillarse y aun de llorar, sorprendido por la hermosura de aquella rara y valiosa joya.

Por entónces el buen sacerdote se limitó á guardar en el bolsillo al dios de los mixtecas, predicando un largo sermon sobre las perfecciones del verdadero Dios; mas un poco despues, no queriendo dejar vestigio alguno de las antiguas idolatrías, pulverizada la pre-

ciosa piedra y mezclada con tierra, la esparció por el suelo, hollándola repetidas veces y predicando nuevo sermon sobre el asunto.

En otra ocasion tambien Fr. Benito mostró su valor y su incontrastable celo. Cerca del pueblo de Chalcatongo, y en una montaña muy alta, existia una profunda cueva, obra de la naturaleza, que los mixtecas hicieron el vestíbulo de la eternidad. Creian estos indios en la inmortalidad del alma y la resurreccion de los cuerpos, y juzgaban que aquella cueva era la puerta del paraíso y el paso necesario para llegar á las florestas siempre amenas de la otra vida. Cuando moria, pues, algun cacique, su cadáver era llevado entre ceremonias extrañas y depositado en la cueva, cuya entrada estaba prohibida, bajo pena de muerte, á todos los vivientes, excepto á los sacerdotes, quienes, para mantener al pueblo en sus errores, contaban mil quimeras de aquel lugar. Fr. Benito, en el curso de sus correrías, tuvo noticia de la misteriosa cueva, y resolvió llegar á ella en compañía del pueblo, y franquear atrevidamente aquella puerta del cielo.

Los indios, unos temiendo el enojo de sus dioses que habria de caer terrible, segun presumian, sobre el osado fraile; otros, por la prohibicion general de entrar, le acompañaron sólo hasta la puerta de la cueva, sin atreverse á dar un paso más; pero Fr. Benito, encomendándose á Jesucristo por las asechanzas que pudieran haberle preparado los idólatras sacerdotes, entró resueltamente. Luego, al reconocer el lugar, descubrió una dilatada cuadra escasamente alumbrada por ciertas troneras abiertas en la bóveda. Á los lados estaban distribuidos unos sepulcros en forma de urnas, y en ellos depositados cuerpos humanos amortajados ricamente y adornados con piedras de valor. Acercándose más, reconoció con sorpresa el rostro de algunos caciques é indios principales, aun de pueblos distantes, con quienes habia conversado muchas veces, juzgándolos cristianos excelentes, entre los cuales le fué fácil distinguir á un anciano rey de Achintla. Penetrado entónces el religioso de vivo dolor, por la desgracia de aquellos indios muertos en el seno de la infidelidad ó de la apostasía, prorrumpió al principio en lágrimas y exclamaciones que se oian desde afuera, y que por la muchedumbre agrupada á la entrada de la gruta eran tomadas como resultado previsto de la increible audacia del fraile, como

muestra de la venganza de sus dioses. Mas acallando luego el religioso la voz de su pesar para dar cabida en el pecho á la indignacion, acometió con ímpetu á los cuerpos muertos, los arrancó de sus nichos, los arrojó al suelo, los holló, al mismo tiempo que los despojaba de sus vestidos y alhajas. Vió en seguida un segundo salon más interior, penetró en él, descubrió muchos ídolos de madera, de piedra y de oro, de figuras diferentes y pinturas en papel de maguey, de los que usaban los indios como libros; todo lo desgarró y despedazó, haciendo estragos en cuantos objetos llegaban á sus manos.

Cuando los indios juzgaban que habia muerto en extraño castigo, víctima de su desacato é impiedad, fué saliendo el fraile bañado en sudor y muy fatigado del combate que sostuvo con los cuerpos muertos, llevando consigo como trofeo de su victoria los fragmentos de los ídolos y los despojos de los cadáveres. Como de costumbre, predicó un sermon ardiente con que no sólo convirtió á muchos á la fe, sino lo que es más, logró que los mismos mixtecas formasen una hoguera y quemasen sus ídolos y algunos de los cadáveres de sus caciques.

Hizo un tercer descubrimiento Fr. Benito, de idéntica naturaleza, por las cercanías de Chicahuaxtla, corriendo un grave riesgo de perder la vida al ser arrastrado por las aguas de un torrente; mas con la fortuna de sorprender á los sacerdotes en el momento de ofrecer sacrificios á sus divinidades, así como de atraerlos con sus razonamientos á la fe cristiana. Misionero incansable, predicó el Evangelio tambien en Justlahuac y Tecomastlahuac, recorrió la Mixteca baja, y se le debe la conversion al catolicismo de Ometepec, Jamiltepec y Tututepec, cuyos ídolos despedazó, segun costumbre. Convertidos á millares por su palabra los idólatras, lo vieron como un padre comun, á quien consultaban en sus diferencias domésticas, y de cuya autoridad se valian para terminar sus pleitos. En el pueblo de Achintla, que habia sido el principal teatro de su celo, entregó su bella alma al Creador el 23 de Agosto de 1550.

No era menor en Oaxaca que en la Mixteca la diligencia que ponian los religiosos domínicos en propagar el catolicismo. Desde 1535, la casa de Oaxaca habia sido aceptada en el capítulo provin-

cial celebrado en México, asignando como su primer Vicario á Fr. Pedro del Rosario. Sucesivamente habian desempeñado el mismo destino Alburquerque y Mayorga, quienes con cuatro religiosos habitaban el convento de San Pablo. El 4 de Setiembre de 1547 se erigió en convento formal, señalándose como su primer Prior al Señor Alburquerque y asignándole como moradores otros trece religiosos. Esta copiosa remesa satisfacia los deseos del Illmo. Sr. Zárate y las necesidades de la Diócesis, pues todos se esforzaban en moralizar á los españoles de la ciudad, y en civilizar á los indios, cuyos protectores eran. Para que no faltasen más adelante ministros competentes á la religion, se pensó luego en formar un noviciado, cosa que tuvo efecto en el siguiente año de 1548. Los yanhuitecos tuvieron por primer encomendero á Don Francisco de las Casas, pariente cercano de Cortés, hombre de espíritu levantado y de pensamientos nada comunes, á quien los indios vieron con gusto en su compañía. Concibió un plan grandioso para la construccion del templo y del convento. Hizo venir de España los mejores arquitectos y pintores, sacándolos de los que se habian distinguido en el Escorial, que Felipe II acababa de edificar. Se buscó cantería y cal, se terraplenó el terreno y se comenzó la obra con entusiasmo y gusto general. Sin contar los oficiales que labraban las piedras y preparaban la mezcla, los que asistian á los maestros que daban los trazos sobre las piezas de arquitectura, ni los demás que trabajaban inmediatamente en el edificio, los mozos que conducian piedra y cal desde largas distancias, eran seis mil, que se turnaban por fracciones de seiscientos cada dia. El trabajo continuó con perseverancia, sin disminuir el número de operarios, por tiempo de veinticinco años, hasta que se coronó con el éxito más feliz: han causado la admiracion de los siglos las bellezas arquitectónicas del suntuosísimo templo. En seguida se fueron edificando los grandiosos monumentos de Teposcolula, el de Cuilápan, los de Teitipac y Ocotlan.

Los Padres domínicos fueron los primeros que se encargaron del cultivo de las ciencias. En 1547 fué asignado Fr. Fernandez de Mendez para dar lecciones de Teología. Es muy probable que por entónces sólo se hayan consagrado al estudio los mismos regulares y algunos otros pocos, deseosos de recibir órdenes sacerdotales; pronto se conoció, sin embargo, la necesidad de ensanchar la esfera de los conocimientos, y en 1553 fué ya instituido maestro de artes y teología Fr. Juan Martinez, á quien sucedió en el mismo encargo poco despues Fr. Gerónimo de Tejada. Tres años más tarde, en 1556, se instituyó la cátedra de gramática latina y se prescribió que los regulares celebrasen conferencias morales. Estos religiosos no circunscribieron la enseñanza á los límites del convento, sino que abrieron las puertas á la juventud en general, haciéndola cobrar amor al saber.

El cuidado principal de los domínicos era la conversion de los indios, y sus atenciones, despues de la ciudad, se dirigian con preferencia á la Villa Alta. El Sr. Obispo Zárate habia puesto en aquel lugar á sus clérigos, quienes, teniendo á su cargo muchos pueblos, para cumplir sus deberes, partian al trabajo separándose cada cual por su camino, desamparando entre tanto la Villa, poblada entónces por treinta familias españolas. Semejantes ausencias causaban desagrado á los vecinos que no tenian oportunos los auxilios espirituales: se quejaron al Sr. Obispo, quien proveyó en el caso, mandando que fuesen visitados con frecuencia por religiosos domínicos. Dos de estos marcharon en efecto á la Villa, en donde fueron recibidos con demostraciones de júbilo. Más tarde edificaron un convento y fué el primer prelado de Villa Alta, designado en 15 de Enero de 1558, el Venerable Fr. Jordan de Santa Catalina, cuyo proceso de beatificacion se remitió á la Santa Sede y debe existir en los archivos de la S. Congregacion de Ritos. Se dieron por compañeros á Fr. Jordan otros tres regulares: Fr. Pedro Guerrero, Fr. Pablo de S. Pedro y Fr. Fabian de Santo Domingo, lego, de costumbres ejemplares. El primer cuidado de los religiosos fué la construccion de un templo, que lograron edificar ayudados por las autoridades y los vecinos. El lego se encargó de enseñar á los niños los primeros rudimentos de las letras, tomando luego bajo su direccion hasta el número de unos quinientos. Estos aprendieron prontamente á leer y escribir, y con algunos principios de doctrina cristiana y de canto llano, se esparcieron por los pueblos, enseñando á otros muchos lo que sabian. Fr. Jordan, perfecto conocedor del zapoteco, emprendió la predicacion á los indios de este idioma, y Fr. Pedro Guerrero el estudio

del mije, para recorrer despues las comarcas habitadas por éstos.

La religion cristiana se siguió propagando rápidamente, debido al celo de los domínicos y al ministerio que ejercia el clero secular. El Illmo. Sr. Alburquerque fijó su atencion en las regiones más remotas del centro de su Obispado y emprendió la primera visita pastoral á Tehuantepec. Era tal el amor y respeto que desde entónces manifestaban ya los oaxaqueños á sus Obispos, que es digno de referirse el hecho siguiente. Al llegar el Sr. Alburquerque á Tehuantepec, le pidió audiencia una india principal de aquella Villa. Era nieta del último Rey de los zapotecas, heredera legítima por la sangre y por las leyes de sus mayores del trono de sus padres, y se llamaba Doña Magdalena Cosijopü. Era discreta, sinceramente cristiana, y tan respetada de los que deberian haber sido sus vasallos, que aun le doblaban la rodilla, sin atreverse á mirarle el rostro cuando andaba por la calle. La noble india se presentó con el esplendor y majestad de los antiguos reyes, y despues de los primeros saludos, hizo algunos esfuerzos para hincarse ante el Obispo, cosa que no permitió el respetable prelado. Doña Magdalena se proponia en aquella entrevista agradecer cordialmente, como lo hizo con excelentes razones, las fatigas que se tomaba el Sr. Alburquerque en beneficio de los suyos: para mostrar mejor su reconocimiento, le ofreció unas muy bellas pieles y gran cantidad de ricas plumas y algunos vasos llenos de valiosas joyas de oro. El Sr. Obispo recibió las pieles, suplicando á la india repartiese las alhajas entre los necesitados. Este generoso desprendimiento acabó de cautivar el corazon de la cacica, y el de otras doscientas personas principales que formaban su acompañamiento.

Volviendo á la Provincia de Villa Alta, la historia nos enseña cómo Fr. Jordan docilizó á los indios, los congregó en pueblos, les enseñó algunas artes, los doctrinó en la fe de Jesucristo, y cuando entendió que dejaba firmes en las creencias católicas á los zapotecas serranos y á los netzichus, prestó sus auxilios tambien á los mijes y á los chontales. Fr. Pedro Guerrero tomó con tanto calor el cuidado de los mijes, que á los seis meses sabia con perfeccion su idioma y estaba instruido en sus costumbres más íntimas. Desde el primer dia lo vieron llegar á sus pueblos sin aparato alguno de

armas, sin apoyo alguno en los conquistadores, saltando como los gamos sobre los riscos de sus montañas, mal cubierto con el hábito y débilmente sostenido por un bejuco. Los mijes eran valientes, y hasta entónces habian permanecido con pecho indómito ante las alabardas españolas; mas sin saber por qué ley de la naturaleza la debilidad triunfa casi siempre de la fuerza, aquellos indios varoniles que habian destruido ejércitos, mansos y dóciles abrieron sus puertas al fraile dominicano.

Cuando lo vieron llegar, se agruparon en torno suyo, le contemplaron en silencio, y se maravillaron oyendo que les hablaba en su idioma, y que, como si fuese con el dedo, les tocaba las llagas del corazon. La doctrina que predicaba era una filosofía inaudita para ellos, pero irresistible, encontrando siempre eco en el fondo del alma. El resultado de todo fué el que debia preverse. Al principio andaban los indios confusos, concertando en su mente la doctrina que les predicaba, y un poco despues, como alumbrados súbitamente por un rayo de luz del cielo, fueron en masa al sacerdote pidiendo las aguas del Bautismo.

Las obras emprendidas por aquellos fervorosos misioneros, eran grandes, y por consiguiente no se realizaban sin graves dificultades. Por el año de 1559 supo Fr. Pedro que D. Alonso, cacique de Comaltepec, y su hijo, apostatando de la fe católica, tributaban adoracion á los ídolos. Con esta noticia emprendió la marcha, deseoso de reducir á la oveja descarriada. Llegó á Comaltepec, se avistó con el cacique apóstata, le habló con entereza, le obligó á confesar sus delitos, recibió de sus manos los ídolos que tenia ocultos debajo del altar católico, en donde halló cuatro marmitas de barro llenas de idolillos; derribó el sacrificadero erigido en aquel lugar, despedazó los frágiles ídolos, holló las plumas, el oro y las joyas que los adornaban, y en presencia del pueblo, con manifiesto peligro de su vida, aprehendió al cacique culpable y lo condujo á la Villa Alta.

Luego se dirigió á Choapam, por la noticia que le dieron de nuevas apostasías verificadas allí, en busca del gran sacerdote Coquitila; mas no tuvo la fortuna de encontrarlo por haber muerto poco ántes. Iguales apostasías habia en el pueblo de Tabaa, adonde se encaminó luego el celoso apóstol. Encontró allí un adoratorio, é

inquiriendo el nombre de los culpables, le fué revelado el de siete personajes principales del pueblo. Los llamó á su presencia, les habló con su acostumbrada energía, y los persuadió que entregaran los ídolos. Así lo prometieron; mas apenas se retiraron á su casa, se arrepintieron. Uno de ellos, el más antiguo, habló á los otros en estos términos: "Sabeis que nuestros dioses, á quienes hemos servido con la sangre de nuestras venas y con los sacrificios, de que son mudos testigos los montes, nos tienen preparado el descanso del otro mundo; y para gozarle luego, y salir del dominio de estos poderosos extranjeros y librarnos de la persecucion de sus sacerdotes, que nos quitan nuestras divinidades, queriendo que sólo á su Dios adoremos, desamparando á los nuestros, que durante tanto tiempo nos han dado aguas é hijos, es el mejor medio morir. Nos esperan fiestas y regocijos: si teneis valor, seguidme á la muerte; si no quereis seguir mis pasos, esperadme, que intercederé con los dioses y vendré por vosotros." Se despidió de todos, tomó un lazo, se internó en el monte, y atado á las ramas de un árbol, se extranguló. Más tarde, con el convencimiento que tuvieron los compañeros del idólatra, se apresuraron á señalar la cueva que les servia de templo y á entregar las estatuas de sus principales deidades.

Todos los pueblos de Caxonos siguieron el ejemplo: se recogieron de los templos y de las habitaciones privadas ídolos de todas materias, de todos tamaños y figuras, y juntos con los instrumentos del culto se pusieron á los piés de Fr. Pedro. Aquel dia fué funesto para los ídolos: se les juzgó con solemne auto de fe, y todos, sin excepcion, fueron condenados á perecer. No hubo clemencia para ellos, pues Guerrero redujo á polvo así los que estaban formados de vil barro, como los más preciosos y ricos.

Al llegar á este punto prevenimos al lector y le invitamos á que se fije en las diversas épocas por las cuales ha atravesado Oaxaca en el órden religioso. En la primera de dichas épocas, que comprende el espacio que média entre la conquista de México y la conversion de los pueblos de Caxonos, se predicó el Evangelio en toda la extension del Obispado por unos cuantos religiosos de Sto. Domingo, habiendo iniciado esta empresa Fr. Bartolomé de Olmedo, mercenario, y coadyuvado en ella alguno que otro sacerdote seglar.

Pasados esos tiempos apostólicos, la Iglesia oaxaqueña entró en una segunda época, que abarca el período de un siglo y medio, hasta el año de 1700, cuando fueron martirizados por los pueblos coligados de Caxonos, los venerables fiscales D. Juan Bautista y Jacinto de los Angeles.

Los primeros tiempos se distinguieron por las virtudes heroicas de insignes varones, quienes arrostrando todos los obstáculos trabajaron sin descanso y vencieron por doquiera: la lucha era franca entre la luz del Evangelio y las tinieblas del error, entre el culto que se estableció al único y verdadero Dios y los fantasmas de la idolatría, que muchos de los indígenas procuraron conservar, aunque sólo en los montes y en los antros más recónditos de la tierra.

La historia registra desde esos momentos una página brillante para la Iglesia de Antequera, la cual forma, por decirlo así, su verdadera epopeya. La semilla evangélica sembrada á costa de los mayores sacrificios brotó llena de vida y hermosura, y fecundada por virtudes verdaderamente cristianas, floreció y dió abundantísimos frutos. Erigiéronse soberbios templos en toda la Diócesis, y levantáronse conventos que sobrevivirán siglos á los que decretaron la exclaustracion de sus moradores. Los religiosos de las principales Ordenes que vinieron á América, fundaron todos en la ciudad de Antequera: los Franciscanos, Agustinos, Jesuitas, Mercenarios y Carmelitas construyeron magestuosos edificios que son aún el mejor adorno de aquella capital, y los Domínicos construyeron su famosa Iglesia y convento de Santo Domingo, que hoy sirve para acuartelar con desahogo á la tropa de las tres armas que tiene en el Estado la Federacion. Segun informes fidedignos dicha obra tuvo de costo trece millones de pesos: la cifra parece algo exagerada; sin embargo, al examinar detalladamente el edificio, no se puede ménos de reconocer la mano pródiga de los que intervinieron en su construccion, y si hemos de dar crédito á lo que nos ha referido un Padre domínico, ya de edad avanzada, al edificar los de su Orden esa fortaleza, que tal merece llamarse, bajo algunos puntos de vista, gastaron en el pago de operarios setecientos pesos semanales. Aparte de esto, prestaban su trabajo personal voluntario y gratuito los indios en número de setecientos, los cuales se alternaban continuamente, concurriendo de to-